

TEMA VII LA ENTREVISTA ES LA HERRAMIENTA PRINCIPAL DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL-VOCACIONAL PERSONALIZADO.

Definición

Acompañar es caminar junto a otro hacia una meta. En este caso se trata de acompañar durante el proceso vocacional.

El acompañamiento es: “una ayuda temporal e instrumental que un hermano mayor en la fe y en el discipulado, presta a un hermano menor, compartiendo con él un trecho del camino, para que pueda discernir la acción de Dios en él, tomar decisiones y responder a la misma con libertad y responsabilidad” (Cencini)

La meta es el discernimiento y la confirmación de la propia Vocación, que la persona se descubra en “estado vocacional”, pueda tomar decisiones y crecer con libertad y responsabilidad delante de Dios y de sí mismo. Así entendido, el acompañamiento es una ayuda para encontrar y vivir la vida con sentido, para ser coherentes con la fe. Es una ayuda temporal e instrumental de parte de la Pastoral de las Vocaciones que se propone a un hermano menor en la fe y en el discipulado. La meta es, en definitiva, la santidad del entrevistado.

Fundamentamos el acompañamiento espiritual-vocacional en la paternidad de Dios. En efecto, Dios es Padre y por ello modelo de paternidad. Toda experiencia humana de paternidad es un reflejo -siempre incompleto- de la paternidad Divina. Ser padre o ser madre es una realidad cotidiana y existencial que marca la vida de tal manera que, a partir de un nacimiento: se es madre o padre para siempre. La paternidad completa al varón porque integra en su vida la realidad de la mujer como esposa y como pareja y lo proyecta en una nueva vida. Lo mismo sucede -en otro plano- con la maternidad. Podemos hablar de una paternidad biológica en el momento en que el varón fecunda a la mujer, podemos hablar de una paternidad psicológica cuando el hombre asume que es padre y sobre todo, cuando asume vivir su rol de padre. Aquí hablamos de una conciencia responsable asumida, que da plenitud al ser hombre. Podemos hablar también -y entre otras realidades- de una paternidad espiritual: cuando la paternidad es asumida como don de Dios y como misión que se confronta con la misma paternidad divina. Así entendida, es una actitud existencial y una opción interiorizada. La paternidad espiritual es -también- eclesial y pastoral. Es una experiencia de donación al hijo, misterio diferente. Es responsabilidad asumida desde el corazón.

El padre espiritual es aquel que asume la Iglesia como Esposa y se compromete en Dios Padre con el hijo para ayudarlo a ser y a ser diferente, a crecer y a responder vocacionalmente, por eso podemos hablar en Pastoral de las Vocaciones de una paternidad eclesial. Ella hace presente la paternidad divina. Tal

paternidad es la victoria del amor y de la generosidad en una cultura de “con uno ya cumplimos”. Es el triunfo de la madurez sobre la esterilidad en un mundo sin modelos de vida, en una cultura de muerte y del mínimo. En tal sentido, el acompañamiento vocacional-espiritual también es el ejercicio de la paternidad espiritual -o maternidad para la mujer- de la Iglesia.

Cuando una Diócesis, una Congregación, un Instituto o un cristiano acompaña vocacionalmente a otro, está viviendo la experiencia de la paternidad espiritual, está viviendo la paternidad responsable de la Iglesia. Cuando una Diócesis o Congregación acompaña o no acompaña adecuadamente a sus vocacionables, está viviendo una soltería irresponsable, aunque esta expresión resulte dura. La vivencia de la paternidad espiritual hace sentir, al que acompaña, que su entrega es fecunda y completa.

La entrevista

Es mucho más que un encuentro “de café” o hacer promoción vocacional, es una acción pastoral concreta.

Ha de ser: 1) **procesual**, pues ha de pasar por pasos concretos antes de llegar a la meta. 2) **metódica**, pues ha de tener cierta frecuencia, ha de estar concertada, estar “agendada”, marcada con anterioridad. 3) **integral**, pues ha de contemplar la totalidad de la persona. 4) **personalizada**, es decir, ha de contemplar un joven concreto.

Nos hacemos varias preguntas para profundizar en el tema: ¿Por qué?, ¿para qué?, ¿cómo? y ¿cuándo realizar una entrevista?... La primera interrogante es: ¿Por qué hacer entrevistas? Respondemos que, en una sociedad globalizada y con eficaces MCS como la nuestra, es necesario un trato de tú a tú, de corazón a corazón. Más que nunca las personas necesitan ser escuchadas y acompañadas personalmente. La respuesta viene de la realidad: Dios escucha el clamor de su pueblo y habla a Moisés (Cf. Ex 3). **El modelo es Cristo** que acompaña en el camino de Emaús (Cf. Lc 24, 13- 35). Allí hace un **proceso** con sus discípulos que va, de la angustia y el miedo al testimonio. Es **metódico**, pues Cristo comienza hablando de los profetas hasta llegar a Él. Su “entrevista” es **integral**, pues tiene en cuenta toda la persona de cada uno de los dos discípulos. Es **personalizada**, ya que cada uno siente arder “su” corazón cuando habla.

¿Cómo la hizo Jesús? Con un llamado a la **conversión, a la apertura al Reino y a estar con Él**: “vengan a mi...” (Mt 11, 28- 29), “si alguien quiere venir en pos de mi...” (Mt 16, 24). Después formó (Mt 5, 1ss) y puso exigencias propias de todo seguimiento: negarse a si mismo y cargar la cruz (Mc 8, 34- 38 y Lc 9, 23- 24), dejar padre y madre (Lc 14, 25- 27) 33 y optar por El (Lc 9, 57- 62).

Proponer y realizar entrevistas de acompañamiento personal es parte de la espiritualidad cristiana y de la pastoral eclesial. No hacerlo sería perder un instrumento privilegiado de evangelización.

¿Para qué hacerlo? Respondemos que es para colaborar en la maduración de la fe, para ayudar a unificar a la persona en torno a su vocación e identidad espiritual, para colaborar en la construcción de un proyecto de vida, **para complementar los itinerarios grupales**, para complementar el crecimiento psicológico de cada fiel, para que el acompañado ame más y mejor y, sobre todo, para que el discernimiento vocacional sea eclesial.

¿Cómo hacerla? Se ha de hacerla con profesionalidad y desde el corazón. Se ha de partir de la realidad de cada uno, se ha de tener en cuenta los silencios, gestos, contenidos del diálogo, etc. Quien acompaña a de: escuchar, escuchar y escuchar. Por parte de quien es entrevistado, es necesario apertura, humildad y transparencia.

La cuarta interrogante que nos hacemos es: **¿Cuándo hacerla?** Especialmente cuando se inicia un proceso formal.

Condiciones para ser acompañante

Quien realiza la entrevista de acompañamiento ha de conocer su historia personal y su Vocación, estar reconciliado con su pasado, su realidad, su afectividad, su yo-real y su yo-ideal, sus fortalezas y sus debilidades. Ha de saber que la vive “en nombre de la Iglesia”, por eso ha de cultivar la humildad, no se ha de proponer a sí mismo sino a Jesús, ha de guiarse por criterios de comunión. Ha de tener: paciencia, capacidad de empatía, misericordia, madurez humana y de fe, oración personal y testimonio eclesial, responsabilidad en el propio proceso y fidelidad vocacional, libertad interior y objetividad. No ha de hacer por el otro lo que éste puede y debe hacer por sí mismo. Ha de poseer capacidad pedagógica, formación teológica y comunión con el Espíritu. Ha de tener la disciplina de confrontarse él mismo con otro acompañante y, en lo posible, trabajar en un equipo inter-disciplinar.

Quien entrevista está sometido a ciertos peligros: no captar la búsqueda de dependencia o seguridad de parte del acompañado, no procesar interiormente los “efectos” del acompañamiento, por ejemplo, no procesar sus temores ante la infidelidad cuando el acompañado lo menciona. También: atracción por el acompañado del otro sexo, deseo de proyectarse en un acompañado “muy parecido”

a sí, involucrarse en tensiones, problemas personales, afectos del otro. Pensar que es “su” vocacionable o escuchar mostrando apuro, o desinterés. Puede no percibir que debe derivar a un especialista ciertos casos, no captar ciertas patologías, somatizaciones, dificultades afectivas, etc. También estará siempre el peligro de pecar contra el acompañado. Son pecados contra el otro: cosificar, dominar afectivamente, castigar, dominar psicológicamente, engañar, manipular, ironizar, no dejar crecer, tener lástima, criticar, no dejar independizarse, juzgar, no dejar ser libre, censurar, curiosear, encasillar, dirigir, dominar, etc.

El encuadre de la entrevista

Se debe tener en cuenta un lugar adecuado donde muebles, mesas, etc., estén a una cierta distancia entre las personas, tanto si caminan como si están sentadas. Se ha de observar que no haya interferencias u objetos que corten la comunicación, como teléfono o celular. Acompañado y acompañante han estar de acuerdo en el tiempo de la entrevista y en sus objetivos. Durante la entrevista se ha de estar atento al lenguaje no verbal y a la forma en que se presenta la persona: vestimenta, posición del cuerpo, problemática de la que habla con frecuencia, silencios, gestos, lenguaje, cultura, etc., hasta llegar a comprender los códigos del otro. Se ha de estar atento al elemento psicológico: dependencias afectivas, bloqueos, incapacidad de verbalizar sentimientos, diferencias ideológicas y teológicas que puedan haber. En definitiva, se ha de comprender que durante la entrevista el otro es la Iglesia concreta y que por eso merece tiempo y atención, todo mi tiempo y toda mi atención.

Tanto quien realiza la entrevista, como quien la solicita, han de buscar la presencia del Espíritu que está en lo interior de la conciencia, que inspira y hace fecunda la vida de cada discípulo. Por eso no se han de centrar en aspectos superficiales como, por ejemplo, los últimos resultados de fútbol. Quien hace la entrevista ha de tener claro el primado de la misericordia.

Objetivos de las entrevistas

El hombre crece en la medida en que profundiza su relación con Dios, toma conciencia de que es salvado en su historia personal y asume que ha de convertirse. Crece si discierne y desarrolla sus talentos. Se desarrolla cuando, trascendiendo a sí mismo, sale de su egocentrismo y se compromete en la vida con una misión determinada.

En la primera etapa vocacional son **objetivos** de las entrevistas:

- Ayudar a que la Persona se conozca para conocer mejor la Voluntad del Padre. Ayudar a descubrir debilidades y límites, fortalezas y posibilidades de vida, etc. (nivel antropológico).

- Ayudar a desarrollar las potencialidades espirituales para el crecimiento integral de la persona, la elaboración y fidelidad a un proyecto de vida propio desde Cristo (nivel cristológico).

- Ayudar a abrirse a la comunidad eclesial y social en la que vive desde la propia realidad y cultura (nivel eclesiológico o socio- pastoral).

Los objetivos incluyen una dimensión personal y otra comunitaria. Al interior del proceso se ha de evitar la excesiva espontaneidad del acompañado o que solicite una entrevista “cuando existe un problema” o “cuando voy a decidir”.

Los contenidos de las entrevistas

Una vez que se establece que hay disposiciones para realizar un proceso y, en consecuencia, un acompañamiento a través de entrevistas, es importante verificar ¿desde dónde se parte? El punto de partida es siempre la realidad del vocacionable: su personalidad, sus motivaciones, opciones, cualidades, fe, historia personal pues el Espíritu habla a cada uno en su ambiente.

Los Jesuitas de México, en su “manual de acompañamiento”, señalan como elementos de conocimiento previos al acompañamiento: la familia, ¿cómo estoy haciendo mi trabajo?, ¿cómo es la relación con Dios y la oración?, ¿cuál es la historia de dolor en esa vida?, ¿cuál es la historia de amor y amistad que tiene la persona?, ¿cuál es el compromiso cristiano que asume y la vivencia de lo sexual?, ¿cuáles son los puntos débiles que encuentra para seguir a Jesús? Durante la entrevista se proponen preguntas como: ¿Cómo andas?, ¿qué has vivido?, ¿hay algún problema especial a tratar? En la primera entrevista se sugiere comenzar con preguntas como: ¿Qué has vivido?

Otras temáticas vienen de lo que llamaremos cuatro familias de vivencias: a) anhelos de amistad, de ser amados y de amar, de satisfacción; b) el mundo de las ofensas, de ser ofendido u ofensor, el mundo de la enemistad y de los sentimientos negativos: miedo, rabia, culpa, deseos de venganza, etc. c) el mundo de los límites personales de relación, de conflictos y rupturas, la realidad de ser distintos... y de tener conciencia de ello; d) el mundo de la sabiduría que surge de la capacidad y el

deseo de re- hacer una relación humana, de crear nuevas relaciones.

En la entrevista interactúan el acompañado, el acompañante y el Espíritu Santo. El Espíritu impulsa, a los que se han confiado en Él, hacia Jesús, hacia el bien común y el Amor. Él es **el verdadero acompañante**. El Espíritu regala sus frutos de libertad, transformación y santidad.

Existen diversos estilos de entrevistas. Pueden **centrarse en el problema** que presenta el acompañado **o en la persona**, tener una actitud autoritaria o democrática y empática. Puede realizar preguntas inquisidoras o exploratorias, hacer silencios o dar consejo, ordenar la información, iluminar la situación, sugerir y ayudar a expresar los sentimientos. Puede quedarse en lo psicológico o integrar lo espiritual.

Son problemas frecuentes a tener en cuenta: la inmadurez afectiva, la dificultad de optar y de optar para siempre, la imagen de Dios que se tiene, por lo que las temáticas siguientes han de incluirlos oportunamente. En definitiva, los contenidos han de buscar responder a las preguntas esenciales de toda persona, las que dan identidad personal. Aunque cada vocacionable es quien establece la temática de su propio proceso, siempre se ha de abarcar todas las dimensiones de la personalidad humana y de la fe. Por eso el proceso supone un conocimiento personal, de los demás y de Dios.

- Nos preguntamos: ¿Cómo fuimos acompañados? (personas, lugares, duración, dificultades y aportes principales)
- ¿Qué logros y qué fracasos encontramos en las entrevistas que realizamos?

En términos vocacionales hemos de recordar que el joven -varón o mujer- está haciendo un proceso. En la primera etapa no es el momento de hablar aún del carisma o de proponer una experiencia de comunidad religiosa, porque ello sería quemar etapas.

A tener en cuenta

Lo importante es ayudar a **verbalizar** la historia personal; se puede, por ejemplo, contar en una entrevista la niñez, en otra la adolescencia y así sucesivamente dando tiempo y prestando atención a las **primeras temáticas** que son las que generalmente marcan el acompañamiento posterior; se ha de estar atentos también a los gestos, silencios, sentimientos, etc. Después de una mirada a la historia personal, se puede ayudar a hacer un “**diagnóstico**” de **fortalezas y debilidades** y ayudar a trazar a nivel humano- espiritual, **metas** que ayuden a

desarrollar las primeras y a convertir las segundas; al diagnóstico se podría agregar una agenda semanal pues un problema frecuente de hoy es la incapacidad de apropiarse del tiempo y de trazarse metas. En definitiva, los primeros contenidos han de buscar responder a las preguntas esenciales de toda persona: ¿Quién soy? y ¿cómo soy?, es decir, las preguntas que dan identidad a cada persona; después se avanzará- progresivamente- a temáticas que abarquen toda la personalidad. En síntesis, el orden de la temática es:

- historia personal.
- diagnóstico de fortalezas y debilidades.
- metas para esta primera etapa del acompañamiento.

Durante este tiempo, además de la sugerencia de algún retiro y en especial de Ejercicios Espirituales, de la **oración personal** y de la **responsabilidad en y con el grupo juvenil**, son presentadas las dos preguntas de: ¿Para quién soy? y de ¿cómo soy? que ayudan a ir pensando ¿cuál es la misión de mi vida?

Durante las entrevistas se puede aportar con textos bíblicos estimulando al compromiso, ayudando a revisar los sentimientos. Al final de cada entrevista se pueden **subrayar algunas ideas importantes** o dejar como tarea para la semana siguiente algunos puntos a profundizar.

Pasos concretos.

Primer momento: La acogida

Consiste fundamentalmente en un ejercicio de escucha. Se ha de prestar atención a gestos, sentimientos que afloran, palabras, etc. Todas las personas estamos dispuestas a hablar a quienes demuestran interés por nosotros y nos escucha realmente. Se trata de que el acompañado, al ver que se lo atiende, se sienta animado a hablar y verbalizar lo que vive. El acompañante ha de adoptar una postura física que muestre que está atendiendo.

Ver. En el conocimiento de una persona resultan más significativos los elementos que llegan a captarse con los ojos (observación) que con el oído (escucha). Existe un lenguaje no-verbal que ha de ser tenido en cuenta.

Escuchar. Es recoger y recordar lo más fielmente posible cuanto el otro está diciendo, sin olvidar estar atento a las propias reacciones (las del acompañante). No se ha de intervenir mientras el otro desea decir algo; cuando la persona tiene dificultad en expresarse, no hay que tratar de adivinar. No se han de hacer comentarios, valoraciones o reflexiones personales antes de tiempo.

Segundo momento: **el aporte**

Se trata de devolver al entrevistado lo que resulte significativo, tanto del lenguaje verbal, como del no-verbal. Hemos de recordar que no siempre comprendemos todo, que, especialmente al comienzo, es necesaria cierta empatía...Lo importante es ayudar a reformular contenidos, sentimientos y el nexo causal entre contenidos y sentimientos.

Algunas personas suelen narrar situaciones como si las estuviesen viendo, pero sin involucrarse. Es necesario invertir los papeles llevando al entrevistado al primer plano y ayudándolo a tomar conciencia de su responsabilidad. Ello se consigue pasando, de la tercera a la primera persona. Se trata de personalizar los problemas y ayudar a descubrir que Dios está presente en toda situación. Otro objetivo consiste en trabajar los sentimientos y sus causas.

Tercer momento: **la decisión**

Llega un momento en que, la persona acompañada, llega al tiempo del discernimiento y de la elección. Es un tiempo propicio para redefinir la meta (la vocación) según el Plan de Dios. A esta etapa puede agregarse otra: la confirmación de la decisión. Este paso ayudará a que la decisión sea mantenida en el tiempo, en fidelidad.

A modo de conclusión

Hemos escuchado la voz de la Palabra, la voz de la realidad y de la Iglesia. Hemos encontrado el rostro de la Palabra que nos sensibiliza. También, respondemos al llamado que el Señor nos hace a construir la casa de la Palabra –la Iglesia- y a transitar por sus caminos. Abiertos a los signos de los tiempos y movidos por la esperanza (Cf. CR 140) navegamos mar adentro y decimos: “en tu Palabra echaremos las redes”, confiados que **pastoral vocacional “tiene más futuro que pasado”¹**.

Valoramos el Bautismo como fuente de todas las vocaciones; apreciamos todas las vocaciones por igual. Experimentamos que la vida es vocación y que Dios Padre nos llama a defenderla, cuidarla, darle un sentido; que Dios Hijo nos invita a

¹ Cf. Memoria...

ser discípulos misioneros y nos envía; que el Espíritu Santo nos convoca a una vocación de servicio, eclesial, específica, concreta, a un estado de vida (Cf. CR 63 y 64). Dios Uno y Tino nos llama a construir una cultura vocacional.

Mientras transitamos por los nuevos “camino de la Palabra”: los nuevos areópagos, las aguas más profundas de la música, el cine, el arte, la cultura, el deporte, el descanso, el turismo, etc. (Cf. CR 141), subrayamos la importancia primordial de hacer itinerarios. Ellos han de incluir la novedad de las imágenes, los códigos, los paradigmas y los nuevos lenguajes (Ibíd.).

Dios, sigue llamando. Por un lado, se necesitan animadores vocacionales formados, capaces de proponer una cultura vocacional y de convocar a los jóvenes a dejarse encontrar por Cristo y a que Él los guíe por caminos de conversión, discipulado, de la comunidad y de la misión (Cf. Da 278). Por otro, se trata de animar a redescubrir la fuente del bautismo y a despertar, discernir, cultivar y formar el llamado personal de cada uno. Es importante ayudar a que cada uno realice un proceso vocacional.

Si la Vocación es la Voluntad de Dios Padre que, en Cristo, se manifiesta por el Espíritu Santo como llamado y espera una respuesta libre y responsable de quien lo recibe, todos somos responsables de que cada persona la encuentre y viva con alegría. Para ello, la animación vocacional (SAV) ha de proponer el primado de la oración y ha de pasar de una pastoral de espera, a una pastoral de propuestas. Por su parte, la Pastoral de las Vocaciones (PV) ha de proponer itinerarios de búsqueda, discernimiento y formación.